LOCO DE AMOR

Sobre la personalidad del Beato Josemaría Escrivá

El nueve de enero del presente año se cumple el noventa y dos aniversario del nacimiento del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Con este motivo publicamos el texto de una conferencia que, a raíz de su beatificación, pronunció en Colonia el sacerdote barcelonés Juan Bautista Torelló, que desde hace muchos años reside en Viena.

El Cardenal Ratzinger habló en la homilía de la Misa que celebró el 19 de mayo de 1992 en la Basílica romana de los Santos Apóstoles en honor del nuevo Beato Josemaría Escrivá, sobre las locuras a que da lugar el total abandono en Dios, para que El haga lo Suyo sin trabas: el obrar de Dios —"operatio Dei"—, que aparece siempre como locura a los sensatos, listos, cautos y sabios de este mundo: así ocurrió en la vida de nuestro Beato. Pero no sólo los demás, él mismo calificó varias veces, aún en público, sus empresas pastorales y su propia persona de "locas", pues era consciente de ser una "presa" de Dios (1), esto es un "loco de amor", ya que Cristo mismo se hizo "loco de amor" y había "robado su corazón" (2).

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Sin embargo esta locura divina no es algo extraño al hombre y menos todavía repugnante a su naturaleza, pues ésta posee una disposición para ella. Han pasado ya cien años desde que los fenomenólogos y sus allegados superaron el reduccionismo positivista, de modo que la doctrina freudiana estaba ya realmente tan muerta como el marxismo, cuando filósofos y teólogos cristianos hasta nuestros años sesenta buscaban el diálogo con ellos: un diálogo con fantasmas. Citemos tan solo a Max Scheler, Martin Buber, Ludwig Binswanger y Viktor Frankl, quienes remacharon hasta la saciedad, que el humano existir es siempre co-existir ("Dasein ist Mit-Sein"), que la persona no es solamente el sí-mismo sino relación con el tú, y que su realización y su plenitud se logran tan sólo mediante el don de sí. Esto es lo que estos pensadores, educadores y psicoterapeutas llamaron "autotranscendencia de la persona". Este autotranscenderse no supone solamente una disposición esencial para la superación del yo, sino también una apertura natural del ser humano que hace posible la irrupción de la potencia divina, la intervención de Dios en la historia vital, que hace brotar la "theia mania", la locura divina el "estar fuera de sí" de los hombres verdaderamente grandes, y que no sólo no destruye la identidad personal sino que la dilata casi a lo infinito y la conduce a su plenitud.

Josef Pieper trata a este respecto en primer lugar (3) de la "inspiración de lo Alto", que los cristianos llamamos "revelación", bajo cuya acción el hombre se convierte en "vidente", recibe la facultad de "ver" lo que la razón no puede comprender —hacer suyo—. "Los bienes mayores nos vienen dispensados a modo de manía en cuanto otorgada como un don divino" Esta frase de Sócrates nos dice que el hombre está constituido de tal manera, que él mismo se determina libremente y que a la vez está insertado en la totalidad de lo real de tal forma que puede ser enajenado de su autodominio, y esto puede ocurrir de dos maneras: una es la agresión violenta y nociva, la otra se da —si el hombre no se encierra en sí mismo y lo rechaza— cuando la misma pérdida de la autoposesión encuentra una plenitud no alcanzable por otros caminos (4). A esta sentencia de Platón en su "Phaidros" se acerca mucho Sto. Tomás de Aquino —tanto que el mismo Pieper no duda en mostrar su sorpresa— cuando trata del misterio de la Revelación bajo los títulos de la profecía y del rapto. El Doctor común cita la definición Escolástica de "raptus", como un ser— levantado por una fuerza superior a una esfera por encima de lo natural, hacia algo que es contrario a la naturaleza ("in id quod est contra naturam"). Y respecto a la profecía se expresa así: "La profecía. en cuanto que es un ver del profeta, es en cierta manera un acto espiritual, pero en cuanto luz que se recibe repentinamente y como algo penetrante —como la luz solar que atraviesa la atmosfera— es mas bien un padecer". "En la revelación profética el espíritu del hombre es movido por el Espíritu Santo como un instrumento inepto". Aquí aparece la pasividad de toda mística y de toda santidad —subrayada por el Card. Ratzinger en su homilía— frente a la acción decisiva de Dios y también aquel "ver", sin el cual la persona la vida entera y toda la actividad del

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Beato Josemaría no pueden comprenderse."Ver" fue un acontecimiento constante en la historia de su personalidad. Desde su primera juventud no ansiaba otra cosa que este "ver" —que es mucho más que conocer— la voluntad de Dios, que dicho con exactitud significa ver a Dios mismo (El no tiene, sino que es su Voluntad). Comenzó con aquellos "barruntos" (como el los llamaba) que le llevaron a hacerse sacerdote, para situarse en una particular proximidad a Dios, que le facilitara el "ver" (esto es lo activo, la cooperación humana que no falta jamas en los amigos de Dios). Su oración en esos años la resumió el mismo en las dos palabras del ciego de Jericó: "ut videam" —¡que vea!—. Nunca habló de algún proyecto o plan personal, menos todavía de una invención suya —de "su Obra"—, sino sencillamente de que un día "vio". Una luz improvisa esclareció su mente el 2 de octubre de 1928, pero su "ver" debía ser progresivo, pues la Obra que le había sido confiada, tenía que ser cabal, no de Josemaría (nada le horrorizaba tanto como esta eventualidad), sin menoscabo del empeño de su inteligencia no común, de su "tozuda" voluntad aragonesa y de su corazón tan sensible como generoso. Su mentalidad jurídica —el había concluido brillantemente, con entusiasmo y sacrificio, los estudios de derecho—, su fantasía "arquitectónica", su fino sentido estético y su profundo conocimiento de la teología de la historia de la Iglesia y de la doctrina ascética y mística se encontraban ante problemas inéditos, que la realización de la tarea encomendada le planteaban. Y así "vio" el 14 de febrero de 1930 que también las mujeres debían tener en esa Obra un lugar —y no pequeño—, más tarde "vio" también la posibilidad de incorporar a ella los sacerdotes diocesanos, y "vio" finalmente con claridad la integridad y la configuración canónica del Opus Dei cuando ni siquiera existía en el derecho de la Iglesia la estructura adecuada, que debía llegar con el último Concilio Ecuménico.

Todas estas inspiraciones, ilustraciones y revelaciones privadas no eran sólo gracias concedidas al Fundador como tal, sino que fueron luz y llama de una personalidad, que vivía cada vez más extáticamente, fuera de sí, en Dios y para Dios y que de hecho predicaba tan sólo una cosa: ver a Dios en todas las cosas, en el mundo, en la calle; la contemplación en el entresijo de las realidades profanas de toda clase de culturas y sociedades. En esto consistió su mensaje fundamental: desposar la secularidad con la contemplación. Y a él personalmente le consumía esta pasión, que quería contagiar a todos los hombres —especialmente a aquellos que llamaba "hijos de su oración", de su entrega y de su corazón "de padre y de madre"— hasta la última fase de su vida, cuando, casi ciego —se podría pensar como encarnación de su éxtasis final— repetía a menudo las palabras del salmista "Tu rostro he buscado, tu rostro buscaré" (5).

Poco antes de su marcha al cielo, después de una agotadora predicación en Venezuela se apoyó en el brazo de uno de sus hijos, que advirtiendo que él susurraba algo le preguntó: "¿Qué decía Padre?", y él respondió quedamente: "Vultum tuum, Domine, requiram".

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Era éste un "ver" que le fortalecía en tal grado que a pesar de su conciencia siempre más cierta de "no saber nada, no poder nada, no valer nada, no ser nada", le lanzaba una y otra vez hacia nuevas "locuras": con personas muy jóvenes y sin medios materiales arriesgar empresas apostólicas en paises lejanos, en medio de la tormenta de la "contradicción de los buenos" comenzar nuevos apostolados, sin dinero y sin honor —"Si Tu no necesitas mi honra, ¿yo, para que la quiero?" (6)— emprender viajes apostólicos y seguir construyendo casas, predicar por doquier la humildad, el despego. la castidad, la fidelidad incondicional al Papa y al Magisterio de la Iglesia etc. Porque él sabía que Dios utiliza para hacer sus Obras "instrumentos ineptos" o, como otras veces se expresó, que el Señor escribe Sus cosas "con la pata de una mesa"... aunque no le gustaban las "milagrerías" y exigía de sus hijas e hijos el mayor aprovechamiento de los dones y medios humanos disponibles —estudio, orden, gobierno colegial en toda clase de empresas, búsqueda de colaboradores—. A este frecuente "ver" al principio de su actividad se debe sin duda que al dar por primera vez la bendición con el Santísimo a un pequeño grupo de estudiantes en un oratorio modestísimo, "viera" a una inmensa muchedumbre, de todas las razas, colores y naciones. Este "ver" explica también su irresistible fuerza de convicción, su "determinada determinación" —según la famosa dicción de Sta Teresa— y su actividad contemplativa hasta el último día de su vida. Sin estas "experiencias místicas", sin este "conocimiento experimental" de Dios —!hay que repetirlo!— no se pueden entender enteramente ni su persona ni sus actuaciones, ninguno de sus escritos ni su fecundidad sobreabundante.

Este "ver", suscitado por las repetidas intervenciones de aquella Sabiduría que no es sólo "saber" sino también "sabor" se acompañó y reforzó con certeza y no raramente por "palabras interiores" o "locuelas", aunque el Beato procuraba ocultar estos fenómenos sobrenaturales por medio de toda suerte de mañas y "trucos", siguiendo en esto la conocida norma de Sta. Teresa y de S. Juan de la Cruz: "no admitir". No se trataba en verdad de una resistencia al querer de Dios. sino de una repugnancia natural ante lo no ordinario, que pudiera hacerle aparecer raro o despertar admiración. Típica fue su "oposición" aquella vez que, haciendo oración y después de sus repetidas declaraciones de no ser más que "un borrico sarnoso", percibió claramente la respuesta: "Un burrito fue mi trono en Jerusalén". Resistiéndose a admitir la índole sobrenatural de aquella "voz interior" supuso equivocadamente que en el Evangelio no se habla de un burrito. sino de una borrica: buscó rápidamente el texto respectivo, que le sorprendió y le tranquilizó ¡Dios utiliza también los "escotomas psíquicos" para comunicarse!.

La Santa Misa —"centro y raíz de su vida interior", porque en ella vivía y obraba objetivamente "fuera de sí", "in persona Cristi", y porque en la Eucaristía veía él la "locura divina" más grande— fue, por decirlo así, el lugar

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

predilecto y más claro, la sutura más precisa de su comunicación con la Trinidad Beatísima el sitio favorito de las revelaciones y de los requerimientos divinos de desasirse y de dejarse llevar y guiar.

En dos ocasiones sufrió lo indecible por la tentación de pensar que la misión recibida no fuera más que una ilusión, un engaño: en la víspera de la fiesta del Corazón de Jesús, según una nota de su mano del 25 de junio de 1933, y el 24 de septiembre de 1941, según una carta dirigida desde La Granja al actual Prelado, Obispo Del Portillo. Las dos veces ofreció entre lágrimas su holocausto: "Señor, si la Obra no es tuya, destrúyela; si lo es, ¡confírmame!". No sólo fui inmediatamente confirmado, sino que vi un detalle de organización, que no había podido aclarar hasta este día". En la segunda ocasión escribió: "Sé que le agradó mi sacrificio, ¡Cómo habría podido negarle este acto de identificación con su Voluntad, si El me lo pedía!" (7). Y estas no son más que un par de muestras de las numerosas intervenciones de Dios en el transcurso de su vida. De aquí que, en su humildad, se le escaparan de cuando en cuando expresiones como ésta: "A veces no necesito la Fe: ¡He visto!".

Bello —no solamente desde el punto vista literario— es el Nº.39 de "Forja" en relación con la pasividad ante cada intervención divina con la actividad que ésta exige y también con la ya mencionada centralidad de la Eucaristía en su vida interior: "Me veo como un pobre pajarillo que, acostumbrado a volar solamente de árbol a árbol o, a lo más, hasta el balcón de un tercer piso.. un día en su vida, tuvo bríos para llegar hasta el tejado de cierta casa modesta que no era precisamente un rascacielos... Mas he aquí que a nuestro pájaro lo arrebata un águila —lo tomó equivocadamente por una cría de su raza— y, entre sus garras poderosas, el pajarillo sube, sube muy alto, por encima de las montañas de la tierra y de los picos de nieve, por encima de las nubes blancas y azules y rosas, más arriba aún, hasta mirar de frente al sol... Y entonces el águila, soltando al pajarillo, le dice: anda, ¡vuela!... —¡Señor, que no vuelva a volar pegado a la tierra!, ¡que esté siempre iluminado por los rayos del divino Sol —Cristo— en la Eucaristía!, ¡que mi vuelo no se interrumpa hasta hallar el descanso de tu Corazón!".

En este "mirar de frente al sol" desembocaba de hecho su oración, como el mismo lo describe (autobiográficamente, sin duda) en aquella homilía que la Liturgia de las Horas ha elegido para la Fiesta del Beato: "Primero una jaculatoria y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio" (8). Se trata aquí evidentemente de aquel tipo de oración que Santa Teresa llamaba "de simple mirada": puerta de acceso a la contemplación.

A esta meta quería llevar a todos los que rezan y que son apóstoles en el mundo de la "cotidianidad", que deben ser "conchas, no canales" —según la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

expresión de San Bernardo—, esto es, mujeres y hombres. cuya contemplación se desborda en obras de caridad, ya que el apostolado —como decía Santo Tomás de Aquino— no es otra cosa que "contemplata aliis tradere" (transmisión de lo contemplado) A quienes hemos recibido directamente su espiritualidad, nos sorprendió repetidamente su "insistencia machacona" en subrayar que los hijos de Dios en la Obra de Dios tienen una vocación contemplativa. Como aquella vez (en noviembre de 1967) en la que el Fundador reunió en Roma a los directores del Opus Dei de muchos países, para preparar la configuración canónica definitiva de la Obra y plantear el desarrollo de la labor apostólica en diversas partes del mundo, y el primer día de este encuentro nos dirigió una meditación memorable, en la que nos habló exclusivamente de nuestra vida contemplativa que es la busca de unión con el Amado por las calles, las plazas y los mercados de la ciudad, como la de la esposa del Cantar de los Cantares, hasta encontrarle en el centro del alma, para no dejarle ya más.

Y es que él, que tan bien conocía, apreciaba y quería a Santa Teresa, no lograba sin embargo compartir su famoso dicho: "muero porque no muero". sino que se sentía arrastrado con San Pablo a exclamar: "Vivo, porque no vivo... sino que Cristo vive en mi" (9).

Su contemplación tiene, a mi parecer, dos dimensiones distintas e inseparables: por una parte, la omnipresencia del Padre, Creador y Conservador, le hacia "ver" a Dios en todas las cosas, personas y sucesos, y para él era esta visión sobrenatural, divina, la única realista. Tanto era así, que no dudaba en afirmar que en este mundo hay tan sólo dos géneros de vida: la sobrenatural y la animal, pues "animalis homo non percibit quae sunt Spiritus Dei" (10). Realista es tan sólo ver las cosas como Dios las ve: esto es asunto de aquella mística, que no solamente todo bautizado puede alcanzar sin desenraizarse (por su participación en la vida de Dios), sino precisamente en la medida de su enraizamiento en el sitio que Dios le destinó, en la medida de la aceptación y abrazamiento de su situación existencial. Ninguna "mística ojalatera": un juego de palabras que utilizaba a menudo el Beato Josemaría, pues este vocablo lo refería en primer lugar a la chapa metálica (hojalata), que recuerda al "metal que resuena y a los platillos que aturden" de los que no tienen caridad (11), y en segundo lugar al "¡ojalá!" de los soñadores, que huyen de la realidad, añorando siempre circunstancias más favorables. ¡No! Místico es solamente lo real: vestigio de Dios, imagen de Dios, querer de Dios. El que busca a Dios sobre el terreno firme de la realidad, entabla con El cada día un diálogo y celebra la Eucaristía, notará nacer y crecer dentro de su seno un "instinto sobrenatural", que le hace capaz de ver, servir y amar a Dios en todas las cosas, tiempos y situaciones. Este "instinto sobrenatural" o espontaneidad del conocimiento de Dios y de su Providencia y beneplácito caracteriza la vida y la experiencia de todos los místicos. Los maestros de la espiritualidad cristia-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

na hablan de un arrebato, de una toma de posesión del alma por los dones del Espíritu Santo, que corresponde de alguna manera al "entusiasmo" platónico. Con esto uno no se aleja de sus tareas terrenas, sino mas bien aprende —según la ley de la encarnación— a "materializar" la fe y a experimentar lo que es la "divinización" del hombre. el "endiosamiento bueno", diametralmente opuesto al "endiosamiento malo", es decir, al satánico "querer ser como Dios" a base de las propias fuerzas naturales. Por medio de este "instinto sobrenatural" se alcanza algo así como una segunda naturaleza: "vivimos todo el día completamente pendientes de El, y nos sentimos inclinados a ver a Dios en todas las cosas... hasta que llega un momento en el que no sabemos donde acaba la oración y donde comienza el trabajo, porque el trabajo ha llegado a ser oración, contemplación, verdadera vida mística de unión íntima con Dios, sin rarezas: un endiosamiento" (12).

Por otra parte, y de modo inseparable de cuanto se ha dicho, era su mística —y ya se aludió a ello más arriba— mística cristocéntrica cien por cien, como se registra desde siempre en el ámbito católico, ya que Jesús mismo declaró lapidariamente: "Nadie va al Padre sino por mí" (13). Así escribía nuestro Beato: "Para acercarnos a Dios hemos de emprender el camino justo, que es la Humanidad Santísima de Cristo". Primeramente seguirle, "acompañarle tan de cerca que llegamos a ser uno con El..." "Pronto podremos llegar a decir que estamos revestidos de Cristo". Por esto animaba a todos apasionadamente: "Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos, con todas vuestras fuerzas" (14). El entero proceso de la vida cristiana lo calificaba de "camino cuya meta es la completa locura por Cristo". Para él, el entregamiento a Dios en el Opus Dei no tiene más que una razón de ser: la correspondencia a la entrega antecedente, loca y salvadora de Jesucristo, que "me ha amado y se ha entregado por mi" (15). Y quien por este motivo se decide a darse a Dios sin regateos en el celibato o en matrimonio, en medio del mundo —según el espíritu del Beato Josemaría—, no puede recibir otra respuesta —al mismo tiempo exigencia y promesa— que: "Desde ahora Cristo es todo para ti: Cristo en tu mente, Cristo en tus labios, Cristo en tu corazón, Cristo en todas tus obras". Con una fuerza de convicción conmovedora inculcaba a todos lo que para él era desde hacía años una vivencia imborrable: "Tu eres Cristo, otro Cristo, el mismo Cristo, que debes amar al mundo apasionadamente, porque este amor al mundo le hizo bajar a la tierra: "Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret" (16). Por esto dijo un día, en una tertulia con sacerdotes guatemaltecos: "¿Qué podemos hacer para mejorar un poco, sin perder la humildad?: !Ser Cristo!".

Romano Guardini escribió con gran agudeza: "Si el Santo es en realidad lo que la Iglesia ve en él, su figura recibe entonces un núcleo, que resiste a cualquier fuerza disolvente: es el "Cristo en mí", de que habla San Pablo en la carta a los Gálatas (17). Pero éste no se encuentra por encima del hombre (con-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

creto), arrebujado en su transcendencia ni encapsulado en él, como un cuerpo extraño en las profundidades de su vida animal sino que se identifica con su humanidad y con su historia real. Más aún: El se convierte en lo propio de esta persona, de modo que la frase paulina "Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí" se prolonga en otro, y tan sólo entonces soy yo mí verdadero yo"(18). En esto consiste la "locura divina", el "éxtasis" a que da lugar, más que el conocimiento, la "unión amorosa" con Cristo, tal como se presenta en la figura y en la vida de los santos. "Amans fit amens": El amante se vuelve demente", decia San Bernardo.

Gilbert K. Chesterton ilustra muy gráfricamente lo que Romano Guardini formula con precisión filosófico-teológica, esto es, que la personalidad y la vida de los santos, siempre rebosantes de paradojas y de casi contradicciones, no se pueden explicar más que por la "locura": ciertamente, por la "locura del puro amor a Jesucristo". El famoso y divertido escritor inglés intenta aclarar al hombre moderno, bien intencionado pero escéptico, que la personalidad histórica de San Francisco de Asís, que él toma por ejemplo, tan atractiva para muchos por su carácter jocoso, su fantasía romántica, su cortesía y camaradería, pero que al mismo tiempo presenta aspectos para la mayoría extraños e incluso repelentes, corresponde a un solo hombre y no a media docena de hombres, y que lo que a algunos parece contradicción, para él no lo es en absoluto; de manera que si el observador mantiene este punto de vista, logra por lo menos percibir un destello de la razón sin razón por la cual el poeta que canta al sol se escondiera tan a menudo en una cueva oscura, y que el santo que se mostraba tan manso con su hermano lobo maltratara tan asperamente a su hermano asno (como él llamaba despectivamente a su cuerpo) y que el trovador que declaraba y declamaba que su corazón ardía con llamaradas de amor, se desentendiera de las mujeres, y que el cantor que se regocijaba ante la fuerza y la viveza del fuego hogareño, se revolcara deliberadamente en la nieve, y del por qué precisamente su famoso Cántico a las criaturas, que con toda la pasión de un pagano exulta: "Bendito sea mi Señor por nuestra hermana la tierra, que de su seno saca toda clase de hierbas y flores y frutos" se concluya de hecho con las palabras: "Bendito sea Dios por nuestra hermana la muerte corporal" (19).

Y es sin duda legítimo que Chesterton recuerde las locuras de sacrificio y de negación de sí mismo de los amantes caballerescos y románticos, cuando quiere explicar y hacer aceptable el duro ascetismo de los místicos cristianos al hombre de hoy, por lo general ebrio de hedonismo. Pues también el "eros" lleva al éxtasis, como J. Pieper ha subrayado. De igual manera que al "crescendo" razón-fe-visión hay que atribuir también realidad —no mera idealidad— al otro "crescendo" eros-philia-agape (en latín: amor-dilectio-caritas). Pero los prejuicios contra el eros son tan grandes todavía en muchos ambientes, que resulta difícil darse cuenta de ello. Hay que elevarse —como lo hizo

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Platón— de las degeneraciones del eros —desgraciadamente tan frecuentes—, que lo reducen al placer y a la satisfacción física, y reconocer que existen formas superiores del eros, que son auténtica pasión, entusiasmo y don de sí (no simple concupiscencia), que elevan el alma sobre sí misma, hasta aquella "región divina de donde ella procede". A algunos espíritus "exquisitos" puede parecerles chocante y aún escandaloso que esta fuerza erótica alada atribuida al amor verdadero, habite en una zona tan próxima a lo corpóreo, sensual y fisiológico. Pero Santo Tomás de Aquino —que nadie se atrevería a tachar de romántico— estaba completamente convencido de que ningún "amor espiritual" —ni la "dilectio" nacida de una elección viva y libre, ni la "caritas", fundada en la gracia divina, pueden llegar a constituir un acto vital sin la "pasión amorosa". Ciertamente —nota J.Pieper— esto no significa que el amor espiritual no sea sino una evolución o una "sublimación" de la "pasión erótica". El Santo "Doctor común" osaría sin duda afirmar lo aparentemente contrario, esto es, que el amor espiritual es capaz de ordenar y purificar la "pasión amorosa". Este gran maestro de la doctrina cristiana defiende —no diversamente de Platón— la opinión de que la caridad —como acto verdaderamente humano— si se la separa de sus raices en la "pasión amorosa", ni se vuelve efectiva ni puede mantenerse activa (20).

Y por lo que se refiere al otro prejuicio muy difundido, de que el eros es esencialmente egocéntrico, mientras que la "caritas" —"ágape"— es amor desinteresado y enajenado. hay que decir, primero, que el eros, elevándose hacia la contemplación de la Belleza original, se transforma en una actitud que deja detrás de sí al egocentrismo de la voluntad: una actitud que, según Platón, puede calificarse más bien de "adoración". En segundo lugar —y se trata de algo fundamental— es muy dudoso que el hombre pueda amar de modo totalmente desinteresado. Incluso en la teología se define la forma más elevada de la "caritas" como aquella por la que se ama a Dios como al Dador de la felicidad. Y esta felicidad o bienaventuranza que es lo que en el fondo persigue todo amor, no es más que la saciedad de la sed humana más profunda. El hombre es, por naturaleza, un ser sediento y necesitado, y esto no solamente en cuanto —como pensaba Kant— "engastado en el mundo de los sentidos", sino precisamente en cuanto ser espiritual. Llegar a ser tan "desinteresado" que uno renuncie a la felicidad, es algo absolutamente imposible. Santo Tomás lo repite incansablemente: "no podemos no querer ser felices" (21).

Bajo esta luz podemos comprender al Beato Josemaría, cuando insistía "machaconamente" en que él no tenía más que "un corazón para amar a Dios y a las criaturas" (22), que no quería "caridad que no fuese cariño" (23), y, por último, que no quería "hijos sin corazón: me estorbarían a mí, estorbarían a la Obra, a la Iglesia y a Dios mismo". De aquí su profunda humanidad, su cortesía jamás amanerada su repudio de cualquier forma de "beatería": "Yo amo el aire libre, el agua limpia, la luz clara", esto es, la transparencia de lo natural,

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

la sencillez y la franqueza del centro afectivo de la persona que debe entregarse a Dios por entero, "también por medio de un amor apasionado al mundo y al prójimo, que no hace a nadie plúmbeo ni pegajoso, sino que da alas y conduce a Dios, que es el Amor, y que nos ama con un corazón humano" (24). Escribía: "se debe dar el corazón entero e indiviso, de otro modo se apega a cualquier nadería de la tierra. El mio se apega a mis hijos: no lo oculto, y creo que lo notáis, pero es algo que me lleva a Dios. ¡Vosotros me ayudáis a ser más fiel y quisiera ser cada vez mas fiel también por vosotros!"

Como un trovador de Dios cantaba y hacía cantar a sus hijos canciones de amor antiguas y modernas, que él, trocando la denominación de aquel género de la literatura clásica provenzal y castellana "coplas de amor divino a lo humano", llamaba "coplas de amor humano a lo divino" (25). Dos anécdotas pequeñas pero significativas pueden ilustrarlo, y también poner de manifiesto su coincidencia espontánea con la ciencia antropológica y teológica arriba expuesta. Durante un viaje al norte de España cantaba —con su voz bien timbrada y entusiasta junto a mí—, una jota de su tierra aragonesa, que así reza: "Es el más lindo querer / el querer sin esperanza / Yo te quiero y nada espero / mira si te quiero bien." Volviéndose hacia mi exclamó sonriendo: "Esto no es verdad, pero... a veces si". Es la famosa dialéctica entre el "amor puro" y el imposible "desinterés".

En otra ocasión escuchaba, en una tertulia con los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz, a un estudiante cantar una canción entonces de moda en la que aparecían estas palabras: "donde hay pasión, hay pecado". El Beato Josemaría interrumpió sin más al cantante y dijo con gran viveza "!Falso! Para poder amar a Dios hace falta un corazón apasionado! La pasión es buena, cuando está al servicio de Dios!"

El amor apasionado a Jesucristo —el Hijo de Dios encarnado, tan perfecto Dios como perfecto Hombre— lleva por una parte a la máxima estima de las "virtudes humanas" y del trabajo profesional, y por otra parte al abrazo loco del dolor: dos características de nuestro Beato, que le confía en una fisionomía inconfundible. Sólo en esta "locura" encontraremos la llave, que nos abre la mística "escondida fonte" (26) de todas las paradojas de su personalidad.

Este predicador incansable de la santificación del cristiano corriente mediante el propio trabajo profesional, subraya con fuerza que cualquier tarea humana honesta tiene tan sólo el valor del amor con que se realiza, de la misma manera que lo decía el "loco" de Ramón Llull, que así se expresaba: "El amante gritaba a todas las gentes, que el amor les manda amar en el caminar y en el descansar, en la vigilia y en el sueño, en el hablar y en el silencio, en el llorar y en el reir, en el gozar y en el sufrir, en el comprar y en el vender, en el ganar y en el perder: en todo lo que hacen, deben amar, porque así reza el mandamiento del amor" (27). De aquí que este apóstol de la doctrina y de

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

tantos hombres cultos sorprendiera a toda la Universidad de Navarra —de la cual era el Gran Canciller— cuando durante una visita oficial, después de la obligada recepción al claustro de catedráticos, reunió al personal de la limpieza para decirles que ellos eran tan importantes como los profesores y los estudiantes. Y por este mismo motivo se arrodilló ante una vieja campesina mejicana que se había arrojado a sus pies, para besarle a ella las manos. Amaba la leyenda medieval de aquel monje, que antes de entrar en el convento había trabajado en un circo y, consciente de no poseer otras aptitudes, se deslizaba calladamente de noche en la iglesia para trenzar en el aire sus volteretas más atrevidas ante el retablo de la Virgen, que graciosamente le hizo saber su íntimo regocijo. A veces el Beato Josemaría que no dudaba en calificarse de "juglar de Dios" ("joculator Dei"), representaba con ademanes de notable comicidad la "lucha ascética" de los campeones de atlética ligera, que se ejercitan tenazmente una y mil veces hasta lograr el lanzamiento más lejano o el salto más alto. El, que repudiaba toda clase de "devoción teatral" y que entre todas las virtudes naturales daba preferencia absoluta a la sinceridad, no sólo no renunciaba a este estilo "juglaresco" en su catequesis pública, sino que llegaba a aconsejarlo en la dirección espiritual personal, como en aquella ocasión, en que a un alma que se lamentaba de sentirse en la oración como haciendo una comedia, le recomendó seguir haciéndola y considerar que sus espectadores eran las tres Personas Divinas, la Virgen Santísima, San José, todos los Santos y Angeles del cielo. "¡Ser juglar de Dios! Que estupenda es esta recitación llevada a cabo por Amor, con sacrificio, sin ninguna satisfacción personal, por dar gusto a nuestro Señor! Esto si que es vivir de Amor" (28).

Este Amor no se puede separar del amor al prójimo. Tanto es así que para él un discípulo de Jesús debería sentirse incómodo cuando no está en medio de la gente. Aquí uno recuerda otra vez al místico mallorquín, que así escribía: "El amigo deseaba ardientemente la soledad, y partió, para estar solo, a la busca de la compañía del Amado. Porque con El estaba solo, aún estando en medio de la gente" (29).

Esta fue otra característica de su personalidad —que algunas veces se advertía con tanta claridad—, que él, precisamente porque vivía siempre recogido —cara a "Cristo que vive en mí"—, prestara una atención intensísima, nada común, a sus interlocutores. Este modo de vivir "extático" o "fuera de sí", que San Francisco de Sales denomina "tercera especie del éxtasis" y que más que a la interioridad se refiere a la vida y al obrar, brota de aquella vivencia de San Pablo: "la caridad de Cristo nos urge" (30), y hace que el místico no se encuentre nunca frente a una muchedumbre, sino ante personas, cada una en su propia unicidad, y sepa "ensimismarse" en el prójimo, meterse, por así decirlo, en su piel y en su situación de modo tan cabal, que éste se siente comprendido al instante, directamente interpelado, acogido y amado. El arzobispo Mons. Michele Cecchini, cuando era Nuncio de Su Santidad en Austria, me

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

decía que él se había encontrado una sola vez con el Beato Josemaría, en casa del Cardenal Antoniutti, y que de ese encuentro recordaba un detalle, que le impresionó vivamente: "Me escuchó con una concentración tal, que me pareció ser para él la única persona en el mundo".

Veía y amaba a Cristo en cada hombre, es decir, al "original" en cada imagen, aunque ésta se presentara sucia o deforme. Esto explica también que este gran organizador y al mismo tiempo amante de las "locuras de amor a Jesús" no pudiera fundar y dirigir más que una "organización desorganizada", como el decía cuyo lema principal era "dejar hacer a Dios".

De ahí también. finalmente su aceptación e incluso su búsqueda y su glorificación mística del dolor, sin un adarme de masoquismo o de odio fanático de sí. En donde estaba él junto con otras personas reinaba siempre la serenidad, expresión que usaba con frecuencia no sólo en el sentido de la paz interior, la calma, el equilibrio —la antigua "sophrosyne"—, sino en el de aquella cualidad atmosférica de que hablan los meteorólogos cuando quieren señalar un cielo despejado, sin nubes. Sin embargo apesadumbraron su vida entera los densos nubarrones de los malentendidos, de la agresividad, de la calumnia de la persecución, del "tenerlo por loco". Tenía un carácter recio y también una sensibilidad finísima: era un hombre —por decirlo con Chesterton— que creía en la mística pero abominaba la mistificación. Era un místico de la claridad meridiana y de la tiniebla nocturna no de las medias luces crepusculares —lo opuesto de aquellos visionarios orientales, que son solo místicos por tener aquel tanto de escépticos que les impide ser materialistas. Era un realista, que debía experimentar tanto la solaridad más esplendorosa como la oscuridad de las noches de los sentidos y del espíritu: participación en la vida y la pasión mismas de Jesucristo. Precisamente como consecuencia de su "amor loco" por El, pudo darse a las penitencias más ásperas y llevar con alegría los sufrimientos más acerbos, que le afligieron casi de continuo, porque en ellos veía que el Amor Todopoderoso le trataba "a lo divino". La dureza de sus penitencias corporales y espirituales constituían para él un "ascetismo sonriente", que a veces se acercaba a un "tomarse el pelo" a sí mismo. Ningún rigorismo moral, siempre rondando cariacontecido alrededor de un yo que se afana por elevarse, sino tan sólo la pasión por identificarse con el Crucificado, con el Salvador del mundo.

Nos parece justificado que Gilbert K. Chesterton, a quien hemos citado ya varias veces, para acercar y tratar de hacer comprensible la ascética de los grandes místicos cristianos al hombre moderno embriagado de hedonismo, traiga a la memoria las increibles locuras de sacrificio, de anonadamiento y de automaceración física y psíquica que abundan en las aventuras caballerescas y románticas de los amantes más famosos de la literatura universal. Sólo que lo que los místicos aman de un modo tan parecido, realista y delirante al tiempo, es la encarnación del Amor Infinito y el hacer —en virtud de ese Amor—

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

cosas, que a los ojos de los pobres amantes de este mundo tienen que aparecer forzosamente todavía más locas. Se trata, en efecto, de un amor siempre en vilo: "Dime, loco: ¿Quién sabe más de amor: el que se goza en él o el que sufre por él pena y penuria? El respondió, que el amor no conoce lo uno sin lo otro"(31). O bien en otro plano de ese mismo estar en vilo: "Dime, loco: ¿Qué es el amor? Y él replicó que el amor es lo que esclaviza a los libres y libera a los esclavos. Y no se sabe bien de quien está más cerca el amor: de la libertad o de la esclavitud" (32).

De aquí la capacidad de nuestro Beato de sacar fuerza de flaqueza, de sentirse rico en la renuncia y de saborear una paz y una alegría indecibles en el sufrimiento.

El día 8 de marzo de 1949 visité a nuestro Fundador, a raíz de uno de mis viajes a Roma desde Sicilia. Era un año de dura prueba a causa de unos ataques gravísimos contra su persona y de un plan concreto para destruir a la Obra, que habían ya llegado a los niveles más altos de la Iglesia: él lo sabía, pero no podía defenderse ni hacer nada. Paseando con él a solas por el jardín de nuestra sede central, me hablaba discretamente de todo esto, con su extrema delicadeza habitual para no herir a nadie, cuando de pronto se paró y, apretándome el brazo, me murmuró al oído: "He llegado a una situación, en la que podría decir que ya nada me hace sufrir. Es más: sufro en la medida que quiero. Mentiría si dijera que no sufro, pero mentiría más si dijera que sufro". Estas palabras de gran sinceridad, pronunciadas en tono de confidencia íntima dejaron en mi la impresión de estar junto a un hombre profundamente unido a Dios, atado a la Cruz de Cristo y desprendido de todo lo demás. La unión que se consuma en la Cruz: allí todo "lo mio es tuyo, porque lo tuyo es mio" (33).

El amor sin orillas que le hacía exclamar que estaba "más loco por El que María Magdalena, más que Teresa y Teresita..., más chiflado que Agustin y Domingo y Francisco, más que Ignacio y Javier" (34), había iluminado la nube del dolor en este mundo, a través de la cual "el hombre se une a Dios y es un espíritu con El", como decía San Pablo (35), y como lo describe poéticamente Ramón Llull: "El amor iluminó la nube que yacía entre el Amigo y el Amado, y la hizo tan resplandeciente y clara como la luna en la noche, la estrella vespertina en el crepúsculo, el sol en el mediodía y el entendimiento en la voluntad. Y a través de esta nube luminosa se hablaban el Amigo y el Amado" (36).

Juan Bautista Torelló

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

NOTAS:

1. Phil. 3,12.
2. Forja, n. 825.
3. Josef Pieper. "Göttlicher Wahnsinn. Eine Platon-Interpretation. Ostfilden bei Stuttgart, 1989.
4. op.cit. pág.7.
5. Ps. 27,8.
6. Forja, n. 803.
7. Véase: Alvaro del Portillo: "Le profonde radici di un messaggio" en "L'Osservatore Romano", 23.6.1985.
8. Véase: Amigos de Dios, n. 296.
9. Gal. 2,20. Santa Teresa de Jesús: Poesías I (Lira mística. Editorial de espiritualidad. Madrid, 1988, pag. 25).
10. 1 Cor. 2,14.
11. 1 Cor. 13,1.
12. Carta 6.5.1945, n.6.
13. Ioh. 14,6.
14. Véase: Amigos de Dios, nn. 299 y 300.
15. Véase: Nota 9.
16. Ioh. 3,16.
17. Véase: Nota 9.
18. Romano Guardini: Die menschliche Wirklichkeit des Herrn. Mainz 1991, pág. 79.
19. Gilbert K. Chesterton: St. Francis of Assisi. Hodder & Stoughton Ltd., London 1934, pág.11.
20. J. Pieper. Op.cit., págs. 29s.
21. J. Pieper. Op.cit., págs. 41-44.
22. Véase: Amigos de Dios, nn. 229, 231 y otros.
23. Véase: Es Cristo que pasa, n.36.
24. Op.cit., n.107.
25. Forja, n. 485.
26. San Juan de la Cruz: Poesías: Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por la fe (Lira mística, véase Nota 9, pág. 120).
27. Llibre de l'Amic i de l'Amat, n.78.
28. Véase: Foja, n. 485.
29. Op.cit., n. 46.
30. 2 Cor. 5,14. Véase S. Francisco de Sales: Tratado del amor de Dios, Vol.II., cap. 8 s.
31. Ramón Llull, op.cit. n. 179.
32. Ramón Llull, op.cit. n. 295.
33. Forja, n. 594.
34. Camino, n. 402.
35. 1 Cor. 6,17.
36. Op.cit., n. 123.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei